

# «Los Contemporáneos» y la generación del 27: documentando un desencuentro

**E**n 1920, en un artículo publicado por la revista *España* de Madrid, Alfonso Reyes inicia una enojosa cruzada: dismantelar algunos de los más característicos prejuicios detrás de los que americanos y españoles parapetan su mutuo desdén. En ese ensayo, Reyes convoca a los intelectuales mexicanos a intercambiar «verdadera inteligencia con la España Nueva que es posible y ya ha comenzado» (342); poco después conminará a los españoles, con similar urgencia, a que, interesándose «más intensamente por las cosas de América robustezcan su entendimiento de España» (254). Reyes, que vive en y entre los dos mundos y que, preocupado por las intenciones imperialistas de los Estados Unidos sobre México, sabe que en el reforzamiento de la hispanidad radica en parte la defensa de su patria, cree que ha llegado la hora de superar «un siglo de soberbia y mutua ignorancia» (566).

Las incitaciones de Reyes se articulan en un momento propicio para las letras, y sobre la apuesta de que los escritores de una orilla pueden asumir a cabalidad sus responsabilidades hacia los de la otra. Las circunstancias son adecuadas porque, a pesar de que el ecuménico modernismo se desbarata en recriminaciones y rivalidades, el Ateneo de la Juventud en México y el Centro de Estudios Históricos en Madrid se atarean en fundar un nuevo humanismo crítico de signo hispánico por un lado, y, por el otro, porque en materia de poesía, Antonio Machado o José Moreno Villa en España,

y Ramón López Velarde en México, acaban de encontrar en las esposas de sus tierras, superiores y más fieles encantos que en las, para entonces, ya averiadas queridas modernistas de París.

Me ocuparé, atento únicamente a las revistas literarias y limitándome al primer acto de esta historia (hasta 1933)<sup>1</sup>, en proponer algunos temas para discutir a las dos promociones de jóvenes que, nacidas con el cambio de siglo, conforman la generación del 27 en España y el grupo de los Contemporáneos en México, y que comienzan a leer y a escribir precisamente en el momento en el que Reyes aboga por el reencuentro.

Un grupo y una generación: no es azarosa la nomenclatura. La del 27 es sumamente estricta en la teoría y en el ejercicio del término «generación» —esgrimido por la del 98 y fortalecido por Ortega en *El tema de nuestro tiempo*—, e invierte considerable empeño, tiempo y tinta en delimitar su nómina y precisar sus intereses y su *modus operandi* (Rozas). El grupo de Contemporáneos, en cambio, hace todo lo posible para convencerse, y convencer, de que su cofradía es fortuita, un mero accidente, una ronda de voluntades coincidentes que apenas reconoce ciertos atributos comunes (Sheridan 1985). La española del 27 se proclama generación en un medio competitivo, determinado por la rivalidad de varias generaciones activas en diversas zonas de la península; está encendida por cierta exaltación vitalista, tiene aspiraciones a militar en el proceso modernizante y posee una conciencia orgánica de la historia literaria: los Contemporáneos mexicanos se resignan a ser un grupo en un medio devastado por una revolución que ha vulnerado a su clase y la ha sumergido en el escepticismo, que ha reforzado el centralismo del país, ha conducido al militarismo y a la demagogia nacionalista, y ha dispersado a las generaciones anteriores en diversos exilios, provocando una grave fractura en el proceso generacional. Ambas promociones han padecido formas similares de estancamiento cultural a causa de sus respectivas, recientes historias; procuran recuperar la tradición poética hispánica opacada por la irrupción galicista; comparten cierta sensación de ahistoricidad que resulta de los conflictos bélicos —la Gran Guerra, la Revolución Mexicana— y que los conduce a aventurarse en experimentos inauditos e inéditos, lo que, a su vez, propiciará una poesía regida más por sus propias leyes que por las de una realidad inmediata a la que, dicho sea de paso, estos dos grupos de jóvenes burgueses educados desprecian ética, política y moralmente (Geist 1980, Sheridan 1985).

Otra coincidencia: ambas promociones, fatigadas de Francia, son proclives a visitar críticamente la tradición poética en castellano, a rehabilitarla a fuerza de abreviar en sus fuentes comunes y, en el caso mexicano, también a la que le es particular (es decir: su peculiar manera de asumir y valorar su propia tradición colonizada). Los Contemporáneos, discípulos

<sup>1</sup> En 1933, los Contemporáneos se han desbandado como grupo y la generación del 27 comienza a dispersar sus poéticas en un amplio espectro.

de Reyes y de López Velarde, leen a Góngora al mismo tiempo que la generación del 27 lo hace en España, lo que no resulta extraordinario en estos dos grupos en los que abundan los profesores de literatura. La poesía española culta, tradicional y, en algún caso, popular, es para los Contemporáneos tan propia como la mexicana, pero es asimismo una herencia a nombre de la cual tienen que afirmar, desde la «periferia» americana, una fidelidad a la única tradición de la que se sienten parte<sup>2</sup>.

No obstante, si la renovación del interés por España, favorecida por las circunstancias abreviadas por Reyes, cae en una tierra debidamente abonada en el lado mexicano, la semilla tardará aún en germinar varios lustros en la parte española (y entonces sólo gracias al forzoso *reconocimiento* generado por el exilio). En esta primera etapa, como es previsible, la atención dispensada por los mexicanos hacia sus similares españoles no será recíproca. La herencia crítica del Ateneo en México y el cosmopolitismo propio de la década de los veinte mexicanos, además del pluralismo natural de la postrevolución y de la diáspora generacional, afirman en los Contemporáneos una curiosidad articulada por todo lo que sucede en el mundo literario europeo, norte y sudamericano<sup>3</sup>, mientras que, entre la inminente revolución española y la crisis del 98, la curiosidad de los jóvenes escritores españoles tiende (después de una indecisa curiosidad inicial por la literatura «ultra») a restringirse a lo que sucede en su propio recinto y a padecer las limitaciones de un «particularismo español» que, desde luego, no deja de desconcertar a los hispanoamericanos<sup>4</sup>. A pesar de todo, puede decirse que la apertura hacia España convocada por Reyes alcanza con los Contemporáneos una nueva sedimentación y una renovada madurez: «El conocimiento de España, afianzado en nosotros por largas, profundas raíces, llega a cada espíritu irremisiblemente, sin sonrisas y, ahora, sin pasiones», dice Villaurrutia en 1934 (1974, 673)<sup>5</sup>.

<sup>2</sup> Dice, por ejemplo, Jaime Torres Bodet (1924 35): «Ha sido necesario regresar de las villas francesas de Saimain y-de Jammes al suelo áspero de Soria (Machado) o a la aldea andaluza de Juan Ramón Jiménez para que los nuevos poetas de México puedan sentir directamente los problemas de la lírica española a la que pertenecen por derecho propio y no como contribuyentes de una colonia lejana».

<sup>3</sup> Esta diferencia entre la

poesía americana y la española radica para Octavio Paz (1973 157) en que, a diferencia de aquella, la americana tiene dos características: «sensibilidad frente a lo temporal, decisión de afrontar la modernidad y de fundirse con ella. Nostalgia de futuro, diría. La otra: su curiosidad, su cosmopolitismo».

<sup>4</sup> Xavier Villaurrutia (1974 882) comenta, por ejemplo, en 1943: «...la flexibilidad, la disponibilidad y la curio-

sidad, dimensiones tan poco españolas...». Un par de años antes, Octavio Paz, miembro de la generación posterior a la de Villaurrutia, alude tangencialmente a lo mismo (1988 258): «La poesía mexicana es, por el idioma, española. Nuestros clásicos son los clásicos españoles. No nos los pueden arrebatar ni el mezquino y engreído particularismo español, ni el cosmopolitismo hueco de los que, en América, pretenden ignorarlos o desdeñarlos».

<sup>5</sup> Villaurrutia realiza una eficaz síntesis del papel jugado por el regiomontano en el acercamiento a España: las «sonrisas» y las «pasiones» se refieren a la ironía y a las susceptibilidades que gobernaban antes esas relaciones y, de manera velada, a la incapacidad de Ortega para hacer por América lo que Reyes logró hacer por España durante su estancia en el Centro de Estudios Históricos de Madrid.